

Prólogo

Leer o comentar algo sobre las tareas cotidianas del campo, me devuelve inexorablemente a mis orígenes del mundo rural en el que nací y viví la infancia y primera etapa juvenil. Un tramo de la vida durante el que se forja en buena medida nuestro carácter y personalidad, y en la que se adquieren hábitos y costumbres que nos marcan de forma indeleble para la posteridad.

Personalmente revivo esa etapa como un periodo entrañable, cargado de los sacrificios propios del mundo rural, pero llena de referencias éticas y anécdotas proporcionadas por el cariño familiar, mis primeros maestros y una vecindad trabajadora y bastante solidaria. En mayor o menor medida, todos éramos conscientes de los esfuerzos que unos y otros debíamos superar para conseguir una subsistencia pobre, pero rodeada de honradez y dignidad.

Con frecuencia me pregunto sobre cuál habrá sido el secreto terapéutico mediante el cual he conseguido diluir las dificultades de esa etapa en el solvente de los buenos recuerdos. Todavía no atino a discernir con claridad si se trata de una estrategia pragmática para sobrevivir o de una propensión inocente para ser feliz. Quizás las dos cosas.

Fuera lo que fuese el remedio ha sido eficaz, porque a pesar de las madrugadas heladas para llevar las vacas a pastar al monte; de las tardes lluviosas para ir a recogerlas; de los sudores estivales bajo pesados fejes de tagasaste o chicharones; de la resiembra, perdiendo las uñas, de la postura de tabaco comida por la rosca; de las papas recién sembradas, perdidas por la sequía; de los plátanos que el viento se llevó junto a las ilusiones de conseguir una buena cosecha; de los picos clavados en las manos cogiendo pencas para el ganado; del olor a estiércol que nunca termina de borrarse para ir limpio a la academia del pueblo a estudiar “bachillerato libre”; de las velas consumidas tratando de comprender problemas y teoremas que poco tenían que ver con la dura realidad cotidiana del entorno; etc. A pesar de todo eso repito, los recuerdos son satisfactorios.

Tal vez el secreto de esos buenos recuerdos resida en el cariño de las “raleras de gofio y vino” que con ternura preparaba mamá, cuando adivinaba próxima mi llegada del monte en las tardes frías de invierno; en la conversación serena y sin prisas al pie del descansadero, comentando sobre si las vacas parirían ese año macho o hembra; quizás en la fantasía de los cuentos nocturnos despaldando tabaco; a lo mejor, en el encanto de los primeros destellos del amanecer mientras cortaba monte en Tamano o en la magia del silencio atizando la carbonera bajo la pálida luz de las estrellas en las noches frías de La Tablada... No lo sé, pero la realidad es que permanezco atado a los recuerdos, junto con el sentimiento de responsabilidad y compromiso que me vincula al medio rural de mis orígenes.

Sin duda fue ese sentimiento el que se despertó cuando el amigo y compañero universitario Manuel, el Dr. Lorenzo Perera, me llamó para ofrecerme la posibilidad de escribir unas líneas para el prólogo de la revista *Tenique*, que con tanto entusiasmo y solvencia profesional dirige. Un sentimiento que me traicionó haciéndome olvidar las múltiples ocupaciones a las que me debía por compromisos previos adquiridos y que en esta época del e-mail y del teléfono móvil, lejos de la paz del descansadero al pie de la Cruz del Monte, motivan agobios y apremian resolución urgente e ineludible.

Ese es el mundo urbano en el que ahora vivo. El mundo de las prisas para llegar tarde a todos sitios. La sociedad que parece tenerlo todo para no disfrutar de nada. Todo hay que terminarlo rápido, porque se cierra el expediente; porque lo exige la gerencia que teme a la intervención; porque se pierde la subvención. Todo hay que hacerlo pronto, aunque sirva para poco, como este prólogo, que también está escrito con apremio, a pesar de haberme temporalmente beneficiado de la amistosa generosidad de la dirección de la revista.

Antes era la lluvia, el viento, la bondad de la cosecha, o el sexo de la cría (becerro o becerra, para ser también políticamente correctos con el ganado), los problemas que nos agobiaban. Ahora son las angustias de los plazos de los contratos o convenios de trabajo; de los reparos de los interventores, quienes piensan que se puede comer con efecto retroactivo; del temor de una auditoría que ponga al descubierto miserables malversaciones. Antes eran los caprichos de la naturaleza, ahora es la tiranía de la burocracia.

Antaño la honestidad del campesino era tal, que ni siquiera reparaba en la especulación del intermediario con el precio del quintal de tabaco o del kilo de plátanos, que siempre nos era abonado “por encima del precio real del mercado”; es decir que hasta debíamos mostrar gratitud por el engaño. Ahora estamos rodeados de permanente desconfianza, en medio de una sociedad donde la corrupción parece haberse apoderado de su tuétano y en la que todos sufrimos las consecuencias de ser tratados como presuntos tramposos o delincuentes.

Ayer era campesino pobre, cultivaba la tierra y, si el año era bueno, contribuía a llenar las pipas para San Martín y a garantizar el sustento con leche recién ordeñada, papas tiernas, sabrosa carne de cochino-negro en el pipote, huevos recién puestos en el gallinero, fruta que perfumaba el modesto comedor, etc. Ahora soy profesor universitario, moderadamente aburguesado y colaboro (¡que remedio!) con la trama burocrática de cada día, cuyos excesos trato de esquivar como puedo. A menudo, por salud mental conviene no hacerlo a diario, termino cuestionándome sobre la eficacia productiva del sistema absurdo en el que participo y contribuyo a sostener.

Eso sí, gano lo suficiente para consumir preparados lácteos (que no leche) en tetrabrik, papas “molancas o aguachentas” importadas (las sabrosas autóctonas de nuestras medianías son menos rentables para el comercio), carne insípida refrigerada e imagino que bien hormonada, huevos con fecha de caducidad impresa en la cáscara, fruta cuyo olor me recuerda a las pencas que antaño picaba para la vacas ... Todo regado por un buen vino de importación subvencionado por el REA y que, en la relación calidad / precio, sale favorecido frente a los autóctonos, ahogados por la sobreproducción, el exceso de marcas y las picarescas inconfesables pero burocráticamente correctas, que priman las bodegas privadas frente a las cooperativas agrícolas que aglutinan a los pequeños agricultores, asfixiados económicamente al deber esperar una o dos cosechas para cobrar la uva. El cuento de siempre; el triste e injusto cuento de siempre.

El último “cuento” se lo escuché, con tristeza e impotencia, a mi amigo Manuel Yanes Alonso, “Manolo Margaro para los amigos”, bebiendo un vaso de vino en su bodega del Hoyo de Mazo y del que conservo su amistad y afecto desde mi época de agricultor. Con rabia contenida, disimulada por la sorna palmera, me relató como a raíz de los devastadores efectos del reciente temporal “Delta”, un inspector de seguros agrarios (pagado por su cooperativa agrícola) le argumentó la imposibilidad burocrática de abonarle cualquier tipo de ayuda para restaurar el invernadero destrozado, porque el plástico estaba “caducado” y los tubos y alambres dañados no eran los suficientes para salvar la franquicia establecida por la póliza. ¡Coño!, exclamaba con razón, y eso porque no me lo advierten los técnicos de la cooperativa a la que llevo la fruta y con cargo a la cual cobran una parte proporcional de sus sueldos; yo ya tengo bastante con trabajar la tierra que me ha llevado los dedos de una mano y me tiene baldado de dolores, para que ellos cobren el sueldo sentados cómodos en la oficina. No saben que si uno cultiva los plátanos malamente tiene tiempo para ocuparse de la letra menuda de las “jodidas pólizas”, ¡qué voy a saber yo de eso, si me cuesta trabajo leer y escribir mi nombre!

Cuánta razón llevas Manolo y cómo me duele que maltraten así a los cuatro agricultores que quedan, acerté a decirle. Percibió mi sincera afección y resurge entonces el tesón y la nobleza del trabajador del campo: ¡tranquilo Pedro, tómate otro vaso de vino, que plástico y alambre sobran! Ya se arreglará. Qué lección..., y mientras tanto se entierran millones en planes estratégicos de medianías... Más burocracia y agricultura desde los despachos para cada vez menos candidatos a cultivar la tierra.

Con este panorama del campo canario parece inevitable la sentencia de D. Manuel Padrón Montero (Manolo “Cachorra”), veterano pastor de Nizdafe. El pasado mes de febrero en mi última visita a El Hierro, tras la asistencia a una reunión burocrática del Patronato de Espacios Naturales Protegidos de la Isla, me lo encontré bajo una densa bruma rastrera en las laderas de la Montaña Timbarombo cuidando a sus ovejas y cabras. Me encontraba recordando al fallecido D. Zósimo Hernández, artífice de las

re poblaciones de tagasaste de la zona, mientras hacía unas fotos de sus ramas floridas, cuando entre la posma brumosa apareció él envuelto en su manoseada manta. Nos sorprendimos mutuamente porque éramos viejos conocidos:

- ¿Qué hace aquí con este frío que quema las entrañas, me preguntó?
- Yo vengo abrigado, refugiado en el coche y acabo de almorzar bien en casa Goyo (San Andrés), le respondí. Más duro es lo suyo tullido a la intemperie.
- Bueno, lo mío es esto, pero también le advierto que al fin del verde, cuando venda las crías, me jubilo y esto se acaba. Ya he batallado bastante, estoy viejo y los jóvenes no están por la labor.
- Así es D. Manuel; los jóvenes, y yo ya no lo soy tanto, estudiamos para librarnos de la dureza del campo y muchos lo conseguimos. El problema está en que ahora muchos ni estudian ni pastorean, y pretender vivir sin trabajar es un asunto complicado.
- Bueno, siga que se le hace tarde. Esa cuestión es un asunto difícil de arreglar..., pero esto, amigo, se acaba.

Mientras se perdía entre la bruma, le hice unas fotos junto a su rebaño y reflexioné sobre si de verdad sería el reflejo de la última imagen pastoril de El Hierro.

Escenas como las descritas podría contar otras muchas. Son sólo mis dos últimos casuales encuentros con la realidad del campo canario. Sirvan ahora de homenaje a los dos Manolos: “Margaro y Cachorra”, buenos ejemplos del espíritu de la revista *Tenique* y del sentimiento del Consejo de Redacción que la hace posible, bien plasmado en el contenido de los artículos que integran este volumen y con cuya lectura disfruté, a pesar del agobio de las prisas.

Mi sincera felicitación por esta realidad cultural y ánimo para no desfallecer en la tarea encomiable de rescatar nuestros valores etnográficos. Disculpen mi heterodoxia formal, ya que con mi presentación más que prologar el digno trabajo de los autores, que ustedes pueden leer y entre los que cuento con el afecto de la amistad de al menos Manuel, Pedro Nolasco y Aniaga, mi deseo ha sido el de contribuir a la defensa del maltratado y casi abandonado campo canario. Tal vez sólo sea un vano intento por acallar la voz de la conciencia que me recrimina mi acomodo urbano.

Pedro Luis Pérez de Paz

Catedrático de Botánica